

Cuadernillo N° 3

# **El Accionar Anarquista**

(Breve compilación de textos)

**Errico Malatesta**



**Un Programa Anarquista.  
Errico Malatesta.**

**Ediciones Libertaria.**  
2024 – 2° Edición.

Se permite la reproducción y difusión de este material con fines pedagógicos, libertarios y no comerciales, citando la autoría.

**Comentarios:**  
[revilibertaria@gmail.com](mailto:revilibertaria@gmail.com)

## Presentación.

Errico Malatesta (1853 – 1932), anarquista italiano que militó activamente en diferentes organizaciones sociales y sindicales que lo llevaron a participar de diferentes revueltas y manifestaciones en diferentes países, así como también innumerables detenciones. Sin duda Malatesta fue un compañero que supo equilibrar la reflexión teórica con la acción política revolucionaria, lo que permitió que sus escritos abordaran una gran cantidad de temas atinentes y polémicos en el seno mismo del movimiento obrero.

Con Malatesta se cierra la denominada teoría clásica anarquista, pues junto con los aportes conceptuales de Proudhon, Bakunin y Kropotkin, se establecen los pilares centrales del anarquismo moderno, como propuesta política revolucionaria.

Malatesta nunca esquivó las tensiones que surgía al interior de las organizaciones obreras y sus diferentes momentos de lucha, posicionándose siempre de forma decidida y explícita en los distintos debates, debiendo pronunciarse por ejemplo, sobre las estructuras orgánicas del movimiento anarquista, las diferencias entre organización política y organización social; el debate entre anarco-individualistas y anarco-comunistas, el uso de la violencia en las luchas obreras, entre muchos otros tópicos.

Siempre mantuvo una perspectiva clasista para entender la realidad y propuso responder organizadamente a las injusticias del capitalismo. Defendió firmemente la necesaria coherencia entre medios y fines en el accionar político anarquista e instó a definir claramente el programa revolucionario y el rol de las y los anarquistas en las diferentes luchas sociales.

Estos elementos, precisamente, son los que nos motivaron a editar este cuadernillo, pues reconocemos en los planteamientos de Malatesta, aportes absolutamente vigentes y significativos para enfrentar las injusticias del Chile del siglo XXI. Nos reconocemos en Malatesta y creemos firmemente que el anarquismo social, clasista y organizado constituye una alternativa real y concreta que nos puede ayudar a conquistar nuestra libertad y el bienestar para todos y todas.

**¡¡Salud y Anarquía!!**



## **El Accionar Anarquista. Errico Malatesta.**

### **El Comunismo Anárquico.**

Somos anarco-comunistas, pero esto no quiere decir que hagamos del comunismo una panacea o un dogma y no veamos que para la realización del comunismo se requieren ciertas condiciones morales y materiales que es necesario crear.

“La fine dell’ Anarchismo” de Luigi Galleani, es una exposición clara y elocuente del comunismo anárquico, según la concepción kropotkiniana: concepción que yo personalmente encuentro demasiado optimista, demasiado fácil y confiada en las armonías naturales, pero que no por ello deja de ser la contribución más grande que se haya aportado hasta ahora en la difusión del anarquismo.

También nosotros/as aspiramos al comunismo como a la más perfecta realización de la solidaridad social, pero debe ser comunismo anárquico, es decir, libremente querido y aceptado, y medio para asegurar y acrecentar la libertad de cada una/o; pero consideramos que el comunismo estatal, autoritario y obligatorio es la más odiosa tiranía que alguna vez haya afligido, atormentado y obstaculizado la marcha de la humanidad.

Estos/as anarquistas que se dicen comunistas –y me ubico entre ellos/as– son tales no porque deseen imponer su modo especial de ver o crean que aparte de éste no haya ninguna salvación, sino porque están convencidas/os, de que cuanto más se hermanen las personas y más íntima sea la cooperación de sus esfuerzos en favor de todas y todos, tanto mayor será el bienestar y la libertad de que podrá gozar cada una/o. El ser humano, aunque esté liberado de la opresión de los demás, quedará siempre expuesto a las fuerzas hostiles de la naturaleza, que no puede vencer por sí mismo/a, aunque ayudado/a por las demás personas puede dominarlas y transformarlas en medios de su propio bienestar. Una persona, que quisiera proveer a sus necesidades materiales trabajando sola, sería esclava de su trabajo. Un/a campesino/a, por ejemplo, que quisiera cultivar por sí sola/o su trozo de tierra, renunciaría a todas las ventajas de la cooperación y se condenaría a una vida miserable: no podría concederse períodos de reposo,

viajes, estudios, contactos con la vida múltiple de los vastos agrupamientos humanos... y no siempre lograría calmar su hambre.

El comunismo aparece teóricamente como un sistema ideal que sustituiría la competencia entre las personas por la solidaridad, para utilizar de la mejor manera posible las energías naturales y el trabajo de cada persona. Pero ¿es esto practicable en las actuales condiciones morales y materiales de la humanidad? ¿Y dentro de qué límites?

El comunismo universal, es decir, una gran comunidad entre todos los seres humanos, es una aspiración, un faro ideal hacia el cual hay que tender, pero no podría ser por ahora, una forma concreta de organización económica. Por ahora sólo se puede pensar en comunidades múltiple entre poblaciones vecinas y afines que tendrían además relaciones de diverso tipo, comunitarias o comerciales.

Para organizar en gran escala una sociedad comunista sería necesario transformar radicalmente toda la vida económica: los modos de producción, de intercambio y de consumo; y esto sólo se podría hacer gradualmente, a medida que las circunstancias objetivas lo permitieran y las personas fueran comprendiendo las ventajas de tal sistema y estuviesen dispuestas a implementarlo. Si en cambio se quisiese, y se pudiese, proceder de golpe por la voluntad y la preponderancia de un partido, las personas habituadas a obedecer y servir, aceptarían el nuevo modo de vida como una nueva ley impuesta por un nuevo gobierno, y esperarían que un poder supremo impusiese a cada uno el modo de producir y consumir. Y el nuevo poder reconstruiría un Estado, fundado como todos los Estados en la fuerza militar y policial, Estado que, si lograra durar, sólo equivaldría a sustituir los viejos patrones por otros nuevos. La experiencia rusa no debe haber ocurrido en vano.

En conclusión, me parece que ningún sistema puede ser vital y liberar realmente a la humanidad de la atávica servidumbre, si no es fruto de una libre evolución. La futura sociedad tienen que ser resultado de las necesidades y las voluntades, coincidentes o contrastantes, de todos sus miembros que, aprobando o rechazando, descubren las instituciones que en un momento dado son las mejores posibles y las desarrollan y cambian a medida que cambian las circunstancias y las voluntades.

## La Revolución Anarquista.

La revolución es la creación de nuevas instituciones, de nuevos agrupamientos, de nuevas relaciones sociales; la revolución es la destrucción de los privilegios y de los monopolios; es un nuevo espíritu de justicia, de fraternidad, de libertad, que debe renovar toda la vida social, elevar el nivel moral y las condiciones materiales de las personas llamándolas a proveer con su trabajo directo y consciente a la determinación de sus propios destinos. Revolución es la organización de todas las empresas y servicios públicos hecha por quienes trabajan en ellos en interés propio y del público al cual atienden; revolución es la destrucción de todos los vínculos coactivos, es la autonomía de los grupos, de las comunas, de las regiones; revolución es la federación libre constituida bajo el impulso de los intereses individuales y colectivos, de las necesidades de la producción y de la defensa; revolución es la constitución de libres agrupamientos correspondientes a las ideas, a los deseos, las necesidades, los gustos de toda especie existentes en la población; revolución es el formarse y desintegrarse de mil cuerpos representativos, barriales, comunales, regionales, nacionales, que sin tener ningún poder legislativo sirvan para hacer conocer y para armonizar los deseos y los intereses de la gente cercana y lejana y actúen mediante las informaciones, los consejos y el ejemplo. La revolución es la libertad puesta a prueba en el crisol de los hechos, y dura mientras dura la libertad.

La gran mayoría de las y los anarquistas piensan que la anarquía no se realizará si antes no se crease, por medio de la revolución realizada por las minorías conscientes, el necesario ambiente de libertad y de bienestar. Por esto queremos hacer la revolución lo más rápidamente posible, y para hacerla necesitamos aprovechar todas las fuerzas útiles y todas las circunstancias oportunas, tal como la historia nos las proporcione.

La tarea de la minoría consciente consiste en aprovechar todas las circunstancias para transformar el ambiente de manera de hacer posible la educación, la elevación moral de los individuos, sin la cual no hay verdadera revolución. Y como el ambiente actual, se sostiene con la violencia, nosotros invocamos y preparamos la violencia. Y esto porque somos revolucionarios/as, y no porque estemos sedientos de venganza y odio.

Somos revolucionarios/as porque creemos que sólo la revolución, la revolución violenta, puede resolver la cuestión social... Creemos además que

la revolución es un acto de voluntad, de individuos y de masas; que tiene necesidad para producirse de que existan ciertas condiciones objetivas, pero no ocurre necesariamente y de una manera fatal por la sola acción de los factores económicos y políticos.

Yo dije a los jurados de Milán que soy revolucionario no sólo en el sentido filosófico de la palabra, sino también en el sentido popular e insurreccional, y lo dije justamente para distinguirme de quienes se llaman revolucionarios/as pero interpretan la palabra quizá de una manera astronómica, con tal de excluir el hecho violento. Declaré que no había llamado a la revolución porque en aquel momento no había necesidad de provocarla y urgía en cambio esforzarse para que la proclamada revolución triunfara y no llevara a nuevas tiranías, pero insistí en decir que la habría provocado si las circunstancias lo hubieran requerido y la provocaría cuando las circunstancias lo requirieran.

Yo había dicho que nosotros/as queremos hacer la revolución lo más pronto posible: Colomer responde “que sería más sensato decir que “nosotros queremos hacer la anarquía lo más pronto posible”. ¡Qué pobre recurso polémico! Puesto que estamos convencidos de que la anarquía no se puede alcanzar sino después de haber hecho una revolución que elimine los primeros obstáculos materiales, está claro que nuestros esfuerzos deben tender ante todo a que se haga de modo que se encamine hacia la anarquía... He dicho y repetido mil veces que deberíamos provocar la revolución con todos los medios a nuestro alcance y actuar en ella como anarquistas, es decir, oponiéndonos a la constitución de cualquier régimen autoritario, y realizar lo más posible de nuestro programa.

No queremos “esperar a que las masas se vuelvan anárquicas para hacer la revolución”, sobre todo porque estamos convencidos de que no llegarán a serlo nunca si antes no se derrocan violentamente las instituciones que las mantienen en la esclavitud. Y como tenemos necesidad de la colaboración de las masas, sea para constituir una fuerza material suficiente, sea para lograr nuestra finalidad específica, de cambio radical del organismo social por obra directa de las masas, debemos aproximarnos a ellas; tomarlas como son, y como parte de ellas impulsarlas lo más adelante que sea posible.

Se dice que hablar del “mañana de la revolución”, como hacemos, es una frase que no significa nada porque la revolución constituye un profundo

cambio de toda la vida social, que ya ha comenzado y que durará siglos y siglos. Todo esto es un simple equívoco de palabras. Si se toma la revolución en este sentido, es sinónimo de progreso, de vida histórica, que a través de mil alternativas desembocará, si nuestros deseos se realizan, en el triunfo total de la anarquía en todo el mundo.

Pero cuando hablamos de revolución, cuando le hablamos de revolución al pueblo, como cuando se habla de revolución en la historia, se entiende simplemente insurrección victoriosa.

Las insurrecciones serán necesarias mientras existan poderes que obliguen con la fuerza material a las masas a la obediencia, y es probable, lamentablemente, que se deban hacer unas cuantas insurrecciones antes de que se conquiste ese mínimo de condiciones indispensables para que sea posible la evolución libre y pacífica y la humanidad pueda caminar sin luchas cruentas e inútiles sufrimientos hacia sus altos destinos.

Por revolución no entendemos sólo el episodio insurreccional, que es por cierto indispensable, también los momentos posteriores donde los cambios desencadenados deben defenderse y profundizarse. Es necesario distinguir aquí, el hecho revolucionario que destruye lo más posible al viejo régimen y lo sustituye por nuevas instituciones, de las nuevas formas de gobierno que vienen después a detener la revolución y a suprimir en todo lo posible las conquistas revolucionarias. La historia nos enseña que todos los progresos logrados por las revoluciones se obtuvieron en el período de la efervescencia popular, cuando no existía aún un gobierno reconocido o éste era demasiado débil para ponerse abiertamente contra la revolución. Luego, una vez constituido el gobierno, comenzó siempre la reacción que sirvió al interés de los viejos y de los nuevos privilegiados y quitó a las masas todo lo que le fue posible quitarles.

Nuestra tarea consiste en hacer o ayudar a hacer la revolución aprovechando todas las ocasiones y las fuerzas disponibles: impulsar la revolución lo más adelante posible no sólo en la destrucción, sino también, y sobre todo, en la reconstrucción, y seguir siendo adversarios de cualquier gobierno que tenga que constituirse, ignorándolo o combatiéndolo lo más posible. Somos revolucionarios/as, por cierto, pero sobre todo anarquistas, por lo que planteamos:

- a) La destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado.
- b) Creemos que toda organización de un poder político que se pretenda provisorio o revolucionario es un engaño y resultará tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos hoy existentes.
- c) Rechazamos todo compromiso político entre opresores y oprimidos/as para alcanzar la revolución social. Las y los proletarios/as deben establecer, fuera de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria.

Estos principios anarquistas, tal como fueron formulados en 1872 en el Congreso de Saint Imier, continúan señalándonos el camino correcto. Quien ha tratado de actuar en contradicción con ellos se ha equivocado y todas las experiencias realizadas hasta hoy lo han probado en forma definitiva.

Es necesario agregar que para las y los anarquistas, la abolición del poder político no es posible sin la destrucción simultánea del privilegio económico.

La necesidad de una revolución para eliminar las fuerzas materiales que defienden el privilegio e impiden todo progreso social real, ha dado como consecuencia que muchos/as atribuyeran una importancia exclusiva al hecho insurreccional, sin pensar en lo que es necesario hacer para que una insurrección no siga siendo un acto estéril de violencia al cual podría responder luego otro acto de violencia reaccionaria. Para estos/as compañeras/os todas las cuestiones prácticas, los problemas de organización, el modo de proveer al pan cotidiano, son hoy cuestiones ociosas: son cosas que dicen, se resolverán de por sí, o las resolverá la posteridad... Y la conclusión es justamente la opuesta: o pensamos ahora en la reorganización social y la vamos desarrollando a medida que van destruyendo la vieja organización, o tendremos un nuevo gobierno, que hará lo que siempre hicieron los gobiernos, es decir, hará pagar a las masas crueles necesidades, quitándole la libertad y dejándola explotar por parásitos y privilegiados de todas clases.

Digo que para abolir el capitalismo y a todas las instituciones sociales maléficas es necesario saber con qué queremos sustituirlo, no en un mañana

más o menos lejano sino en seguida, el día mismo de la demolición. No se destruye, real y permanentemente, sino lo que se sustituye; y postergar para más tarde la solución de los problemas que se presentan con la urgencia de la necesidad equivaldría dar a las instituciones que pretendemos abolir el tiempo que necesitan para rehacerse de la sacudida que reciban e imponerse de nuevo, quizá con otros nombres, pero por cierto con la misma sustancia.

Nuestras soluciones podrán ser aceptadas por una parte suficiente de la población y habremos realizado la anarquía, o un paso hacia la anarquía; o podrán no ser comprendidas y aceptadas, y entonces nuestro trabajo servirá para la propaganda y presentará al gran público el programa del próximo porvenir. Pero en todo caso debemos tener esas soluciones: soluciones provisionarias, revisables y corregibles siempre a la luz de la experiencia, pero necesarias si no queremos sufrir pasivamente las soluciones de los demás.

Yo creo que las y los anarquistas, convencidos/as de la bondad de nuestro programa, debemos esforzarnos por adquirir una influencia predominante para poder orientar al movimiento hacia la realización de nuestros ideales: pero esa influencia deberemos lograrla haciendo más y mejor que otros sectores. Debemos profundizar, desarrollar y propagar hoy nuestras ideas, y coordinar nuestras fuerzas para una acción común. Debemos actuar en medio del movimiento obrero para impedir que éste se limite y se corrompa en la búsqueda exclusiva de pequeñas mejoras compatibles con el sistema capitalista, y hacer de modo que esto sirva de preparación para la completa transformación social. Debemos trabajar en medio de las masas no organizadas y quizás imposibles de organizar, para despertar en ellas el espíritu de rebelión y el deseo y la esperanza de una vida libre y feliz. Debemos iniciar y secundar todos los posibles movimientos que tienden a debilitar las fuerzas del Estado y de los capitalistas y a elevar el nivel moral y las condiciones materiales de las y los trabajadores/as. Debemos, en suma, preparar y prepararnos, moral y materialmente, para el acto revolucionario que debe abrir el camino del porvenir.

Durante la revolución, debemos tomar una parte enérgica en la necesaria lucha material para destruir todas las fuerzas represivas del Estado e inducir a las y los trabajadores/as a tomar posesión de los medios de producción y de los productos ya fabricados, a organizar de inmediato por sí mismos/as una distribución equitativa de los artículos de consumo, y a proveer, al mismo

tiempo, al intercambio entre comunas y regiones y a la continuación e intensificación de la producción de bienes y servicios considerados útiles.

Debemos, de todos los modos posibles y según las circunstancias y las posibilidades locales, promover la acción de las asociaciones obreras, de las cooperativas, de los grupos organizados, para que no surjan nuevos poderes autoritarios, nuevos gobiernos, combatiéndolos con la fuerza si es necesario, pero sobre todo haciéndolos inútiles. Y cuando no encontráramos en el pueblo consenso suficiente y no pudiéramos impedir la reconstitución de un Estado con sus instituciones autoritarias y sus órganos coercitivos, deberíamos rehusarnos a participar en él y a reconocerlo, rebelarnos contra sus imposiciones y reclamar plena autonomía para nosotros/as mismas/os y para todas las minorías disidentes. Deberíamos, en síntesis, permanecer en estado de rebelión efectiva o potencial, y si no podemos vencer en el presente, preparar la lucha, por lo menos, para el porvenir...

Estamos de acuerdo en que además de asegurar la victoria contra las fuerzas materiales del adversario, está también el problema de hacer vivir la revolución después de esa victoria. Estamos de acuerdo con que una revolución que produjese el caos no sería beneficiosa. Pero no hay que exagerar: no tenemos por qué creer que debemos o podamos encontrar desde ahora una solución ideal para todos los problemas posibles. No hay que querer prever y determinar demasiado, pues en tal caso en lugar de preparar la anarquía construiríamos sueños irrealizables, o si no caeríamos en el autoritarismo y, conscientemente o no, nos propondríamos actuar como un gobierno que, en nombre de la libertad y de la voluntad popular, somete al pueblo a su propio dominio. Solo necesitamos ordenar nuestras ideas y principios de forma tal de poder difundirlos y agitarlos en el conjunto del movimiento obrero, enriqueciéndolas en cada lugar con las necesidades e intereses de los demás oprimidos/as.

## **Un Programa Anarquista.**

El programa de la Unión Anarquista Italiana es el programa anarco-comunista revolucionario que fue sostenido ya desde hace cincuenta años en Italia en el seno de la Primera Internacional bajo el nombre de programa socialista, que más tarde se distinguió con el nombre de socialista-anárquico, y que luego, como consecuencia de la creciente degeneración autoritaria y parlamentaria del movimiento socialista y como reacción contra ella, se llamó simplemente anárquico.

### **a) ¿Qué Queremos?**

Creemos que la mayor parte de los males que afligen a las personas dependen de la mala organización social, y que si las personas quisieran y supieran, podrían destruirlos.

La sociedad actual es el resultado de las luchas seculares que las personas han librado entre sí. Al no comprender las ventajas que todos/as podían extraer de la cooperación y de la solidaridad, y al ver en toda persona –salvo a lo sumo las más cercanas por vínculos de sangre– un/a competidor/a y un/a enemigo/a, han tratado de acaparar cada uno/a para sí la mayor cantidad posible de goces sin preocuparse de los intereses de los demás. Cuando se llegó a la lucha, naturalmente los más fuertes y/o afortunados/as debían vencer, y someter y oprimir de diversas maneras a las y los vencidos/as.

Mientras las sociedades antiguas sólo eran capaces de producir aquello que le bastaba estrictamente para su mantenimiento, los vencedores estaban reducidos a poner en fuga o masacrar a las y los vencidos/as y apoderarse de los alimentos reunidos por éstos. Luego, cuando con el descubrimiento del pastoreo y la agricultura una sociedad pudo producir más de lo que necesitaba para vivir, a los vencedores les resultó más conveniente reducir a la esclavitud a las y los vencidos/as y hacerlos trabajar para ellos.

Más tarde, los vencedores se dieron cuenta de que era más cómodo, más productivo y seguro explotar el trabajo ajeno con otro sistema: conservar para sí la propiedad exclusiva de la tierra y de todos los medios de trabajo, y dejar nominalmente libres a las y los despojados/as, los cuales, por lo

demás, al no tener medios de vida, se veían obligados a recurrir a los propietarios y a trabajar por cuenta de éstos, en las condiciones que éstos querían.

Así, poco a poco, a través de toda una red complicadísima de luchas de toda clase, invasiones, guerras, rebeliones, represiones, concesiones arrancadas, asociaciones de vencidos/as que se unieron para la defensa y de vencedores que se unieron para el ataque, se llegó al estado actual de la sociedad, en el cual algunos detentan hereditariamente la tierra y toda la riqueza social, mientras la gran masa de personas, desheredada de todo, es explotada y oprimida por unos pocos propietarios.

De esto dependen el estado de miseria en que se encuentran generalmente las y los trabajadores/as y todos los males que de la miseria derivan: ignorancia, delitos, prostitución, deterioro físico, abyección moral, muerte prematura. De ahí también la constitución de una clase especial (el gobierno), que provista de medios materiales de represión tiene como misión legalizar y defender a los propietarios contra las reivindicaciones de las y los proletarios/as, y luego se sirve de la fuerza que posee para crear privilegios para sí misma. De ahí la constitución de otra clase especial (el clero) que con una serie de fábulas sobre la voluntad de Dios, sobre la vida futura, etcétera, trata de inducir a las y los oprimidos/as a soportar dócilmente la opresión, e igual que el gobierno, aparte de favorecer los intereses de los propietarios favorece también los suyos. De aquí proviene la formación de una ciencia oficial que es, en todo lo que pueda servir a los intereses de los dominadores, la negación de la ciencia verdadera. De aquí el espíritu patriótico, los odios de raza, las guerras y las paces armadas, a veces más desastrosas que las guerras mismas. De aquí el amor transformado en tormento o en torpe mercado. De ahí el odio más o menos larvado, la rivalidad, la sospecha entre todas las personas, la incertidumbre y el temor para todas y todos.

Nosotros/as queremos cambiar radicalmente tal estado de cosas, y puesto que todos estos males derivan de la lucha entre las personas, de la búsqueda del bienestar que cada uno/a realiza por su cuenta y contra todos/as los demás, queremos poner remedio a ello sustituyendo el odio por el amor, la competencia por la solidaridad, la búsqueda exclusiva del propio bienestar por la cooperación fraternal para el bienestar de todas y todos, la

opresión y la imposición por la libertad, la mentira religiosa y pseudocientífica por la verdad. Por lo tanto proponemos:

1. Abolición de la propiedad privada de la tierra, de las materias primas y de los instrumentos de trabajo, para que nadie tenga el medio de vivir disfrutando del trabajo ajeno, y todos/as, al tener garantizados los medios para producir y vivir, sean verdaderamente independientes y puedan asociarse libremente con los demás, para el interés común, y conforme a sus simpatías.
2. Abolición del gobierno y de todo poder que haga la ley y la imponga a los demás: por lo tanto, abolición de monarquías, repúblicas, parlamentos, ejércitos, policías, tribunales y cualquier otra institución dotada de medios coercitivos.
3. Organización de la vida social por obra de libres asociaciones y federaciones de productores/as y de consumidores/as creadas y modificadas según la voluntad de sus componentes, guiados por la ciencia y la experiencia y libres de toda imposición que no derive de las necesidades naturales, a las cuales se somete cada persona voluntariamente, vencido por el sentimiento mismo de la necesidad ineluctable.
4. Garantizar los medios de vida, de desarrollo, de bienestar para niños, niñas y para todos/as quienes sean incapaces de proveer a sus necesidades.
5. Guerra a las religiones y a todas las mentiras, aunque se oculten, bajo el manto de la ciencia. Instrucción científica para todas y todos, hasta sus niveles más elevados.
6. Guerra a las rivalidades y a los prejuicios patrióticos. Abolición de las fronteras y fraternidad entre todos los pueblos.
7. Reconstrucción de la familia, de la manera que resulte de la práctica del amor, libre de todo vínculo legal, de toda opresión económica o física, de todo prejuicio religioso.

## **b) Vías y Medios.**

Hemos expuesto en líneas generales cuál es el fin que queremos alcanzar, cuál es el ideal por el que luchamos. Pero no basta desear una cosa: si se quiere obtenerla de verdad hay que emplear los medios adecuados para conseguirla. Y estos medios no son arbitrarios, sino que derivan necesariamente del fin al que se apunta y de las circunstancias en que se lucha, ya que engañándose respecto de la elección de los medios no se llegaría al fin propuesto sino a otro, quizás opuesto. Por lo tanto, es necesario explicar cuáles son los medios que a nuestro parecer conducen al fin que nos hemos fijado, y que nosotros tratamos de emplear.

Nuestro ideal no es del tipo cuya consecución dependa del individuo considerado aisladamente. Se trata de cambiar el modo de vivir en sociedad, de establecer relaciones de solidaridad entre las personas, de conseguir la plenitud de desarrollo material, moral e intelectual no para un individuo sino para todos los seres humanos; y esto no es cosa que se pueda imponer con la fuerza sino que debe surgir de la conciencia iluminada de cada uno/a y realizarse mediante el libre consentimiento de todas y todos.

Nuestra primera tarea debe consistir, por lo tanto, en persuadir a la gente. Es necesario que llamemos la atención de las personas sobre los males que sufren y sobre la posibilidad de destruirlos. Hay que suscitar en cada persona la simpatía por los males de los demás y el vivo deseo del bien de todas y todos. A quien tenga hambre y frío le mostraremos cómo sería posible, e incluso fácil, asegurar a todos la satisfacción de las necesidades materiales. A quien esté oprimido/a le diremos cómo se podría vivir en una sociedad de personas libres e iguales.

Y cuando logremos hacer nacer en el alma de las personas el sentimiento de rebelión contra los males injustos que se sufre en la sociedad actual, y hacer comprender cuáles son las causas de estos males, entonces esas personas, por impulso propio, se unirán y querrán realizar sus ideales comunes.

Sería absurdo y estaría en contradicción con nuestras finalidades querer imponer la libertad y el desarrollo integral de todas las facultades humanas, por medio de la fuerza. Por consiguiente, es necesario contar con la libre voluntad de los demás, y lo único que podemos hacer es provocar que se forme y manifieste dicha voluntad.

El problema es que hay quienes se benefician con los actuales privilegios y dominan y regulan toda la vida social. Ésos tienen en su mano todos los medios de producción, y por ende suprimen no sólo la posibilidad de experimentar nuevos modos de convivencia social, no sólo el derecho de las y los trabajadores/as a vivir libremente de su propio trabajo, sino también el derecho mismo a la existencia, y obligan a quien no es propietario a dejarse explotar y oprimir si no quiere morir de hambre. Ellos tienen policías, jueces, ejércitos creados a propósito para defender sus privilegios, y persiguen, encarcelan, masacran a los que quieren abolir esos privilegios.

Celosos de sus intereses presentes e inmediatos, son incapaces de un impulso generoso, y también lo son de una concepción más amplia de sus intereses. Y sería locura esperar que renuncien voluntariamente a la propiedad y al poder y se adapten a ser iguales a aquellos a los que hoy tienen sometidos/as.

La historia demuestra que nunca una clase privilegiada se ha desposeído, en todo o en parte, de sus privilegios, y nunca un gobierno ha abandonado el poder si no se lo obligó a ello con la fuerza. Bastan los hechos contemporáneos para convencer a cualquiera que la burguesía y los gobiernos se proponen emplear la fuerza material para defenderse, no sólo contra la expropiación total, sino también contra las más pequeñas pretensiones populares, y están siempre listos para realizar las más atroces persecuciones y las más sanguinarias masacres. **Al pueblo que quiere emanciparse no le queda otro camino que oponer la fuerza a la fuerza.**

Resulta de cuanto hemos dicho que debemos trabajar para despertar en las y los oprimidos/as el deseo vivo de una radical transformación social y persuadirlos de que uniéndose tienen la fuerza necesaria para vencer; debemos propagar nuestro ideal y preparar las fuerzas morales y materiales necesarias para vencer a las fuerzas enemigas y organizar la nueva sociedad. Y cuando tengamos la fuerza suficiente, debemos, aprovechando las circunstancias favorables que se produzcan o creándolas, hacer la revolución social abatiendo con la fuerza al gobierno, expropiando con la fuerza a los propietarios, poniendo en común los medios de vida y de producción e impidiendo que nuevos gobiernos vengan a imponer su voluntad y a obstaculizar la reorganización social realizada directamente por las y los trabajadores/as.

Todo esto, sin embargo, es menos simple de lo que podría parecer a primera vista. Tenemos que vérnoslas con las personas tal cual son en la sociedad actual, en condiciones morales y materiales muy desgraciadas, y nos engañaríamos si pensáramos que basta la propaganda para elevarlos a ese grado de desarrollo intelectual y moral que es necesario para la realización de nuestros ideales.

Existe una acción recíproca entre cada individuo y su ambiente social. Las personas hacen la sociedad como ésta es y la sociedad hace a las personas como ellas son, y de esto resulta una especie de círculo vicioso. Para transformar a la sociedad es necesario transformar a las personas, y para transformar a las personas es necesario transformar a la sociedad.

La miseria embrutece a las personas, y para destruir la miseria es necesario que las personas tengan conciencia y voluntad. La esclavitud educa a las personas para que sean esclavas, y para que se liberen de la esclavitud tiene que nacer en esas personas la aspiración a la libertad. La ignorancia hace por cierto que las personas no conozcan las causas de sus males y no sepan remediarlos, y para destruir la ignorancia es necesario que las personas tengan el tiempo y el modo de instruirse. El gobierno acostumbra a la gente a sufrir la ley y a creer que ésta es necesaria para la sociedad, y para abolir al gobierno se requiere que las personas estén persuadidas de la inutilidad y el carácter dañino de la ley.

¿Cómo salir de este círculo vicioso? Afortunadamente la sociedad actual no ha sido formada por la voluntad iluminada de una clase dominante, la sociedad es resultado de mil luchas intestinas, de mil factores naturales y humanos que actúan en forma casual, sin criterio directivo, y por lo tanto no existen divisiones netas ni entre los individuos ni entre las clases.

Infinitas son las variedades de las condiciones materiales, infinitos los grados de desarrollo moral e intelectual, y no siempre el puesto que uno ocupa en la sociedad corresponde a sus facultades y aspiraciones. Con muchísima frecuencia algunos individuos caen en condiciones inferiores a aquellas a que están habituados, y otros, por circunstancias excepcionalmente favorables, logran elevarse a condiciones superiores a aquellas en que nacieron. Una parte notable del proletariado llegó ya a salir del estado de miseria absoluta, embrutecedora, o no pudo ser reducido nunca a tal

situación; ningún trabajador o trabajadora, se encuentra en estado de inconsciencia completa, de completa aceptación a las condiciones impuestas por los patrones. Y las instituciones mismas, tal como las produjo la historia, contienen contradicciones orgánicas que son como gérmenes de muerte que al desarrollarse producen la disolución de la institución y la necesidad de transformarla.

De ahí la posibilidad del progreso, pero no la posibilidad de llevar, por medio de la propaganda, a todas las personas al nivel necesario para que quieran y hagan la anarquía, sin una transformación previa y gradual del ambiente. El progreso debe marchar en forma contemporánea y paralela en los individuos y en el ambiente. Tenemos que aprovechar de todos los medios, de todas las posibilidades, de todas las ocasiones que nos ofrece el ambiente actual, para actuar sobre las personas y desarrollar su conciencia y sus deseos, debemos utilizar todos los progresos ocurridos en la conciencia de las personas para inducirlos a reclamar e imponer las transformaciones sociales mayores que son posibles y que sirven mejor para abrir el camino a progresos ulteriores.

No debemos esperar a poder instaurar la anarquía, y entretanto limitarnos a la simple propaganda. Si lo hiciésemos así, pronto habríamos agotado el campo, es decir, habríamos convertido a todos/as quienes en el ambiente actual son susceptibles de comprender y aceptar nuestras ideas, y nuestra ulterior propaganda resultaría inútil. Debemos tratar que el pueblo, en su totalidad o en sus diversas fracciones, pretenda, imponga, tome por sí mismo todas las mejoras, todas las libertades que desee, a medida que llega a desearlas y tiene la fuerza necesaria para imponerlas; y propagandeando siempre todo nuestro programa y luchando siempre por su realización integral, debemos impulsar al pueblo a pretender e imponer cada vez más, hasta que llegue a la emancipación completa.

### **c) La Lucha Económica.**

La opresión que hoy aflige más directamente a las y los trabajadores/as y que es la causa principal de todas las sujeciones morales y materiales en que están sometidos/as es la opresión económica, es decir, la explotación que los patrones y los comerciantes ejercen gracias al acaparamiento de todos los grandes medios de producción e intercambio.

Para suprimir en forma radical y sin peligro de retorno esta opresión es necesario que todo el pueblo esté convencido del derecho que tiene al uso de los medios de producción y que ponga en práctica su derecho primordial expropiando a los detentadores del suelo y de todas las riquezas sociales y poniéndolas a disposición de todas y todos. Pero ¿se puede comenzar esta expropiación ahora mismo? ¿Se puede pasar hoy directamente, sin grados intermedios, del infierno en que se encuentra ahora el proletariado al paraíso de la propiedad común?

Los hechos demostrarán de qué son capaces hoy los trabajadores. Nuestra misión es preparar al pueblo moral y materialmente para esta expropiación necesaria, e intentarla y volverla a intentar cada vez que una conmoción revolucionaria nos dé ocasión para ello. Pero ¿de qué manera podemos preparar al pueblo? ¿De qué manera prepararemos las condiciones que hagan posible no sólo el hecho material de la expropiación, sino también la utilización de la riqueza común en beneficio de todas y todos?

Hemos visto anteriormente que la propaganda por sí sola, hablada o escrita, es impotente para conquistar a toda la gran masa popular y convertirla a nuestras ideas. Se requiere una educación práctica, que sea alternativamente causa y efecto de una gradual transformación del ambiente. Es necesario que a medida que se desarrollen en las y los trabajadores/as el sentimiento de rebelión contra los injustos sufrimientos de que son víctimas, éstos luchen unidos entre sí, en forma solidaria, para conseguir lo que desean. Y como anarquistas y trabajadores/as, debemos alentarlos a la lucha y luchar con ellas y ellos.

Pero ¿son posibles estos mejoramientos en el régimen capitalista? ¿Son útiles desde el punto de vista de la futura emancipación integral de las y los trabajadores/as? Cualesquiera sean los resultados prácticos de la lucha por los mejoramientos inmediatos, la utilidad principal reside en la lucha misma. En la lucha las y los obreros/as aprenden que el patrón tiene intereses opuestos a los suyos y que no pueden mejorar su condición, y menos aún emanciparse, sino uniéndose y volviéndose más fuertes que los patrones. Si llegan a obtener lo que quieren, estarán mejor, ganarán más, trabajarán menos, tendrán más tiempo y más fuerza para reflexionar acerca de las cosas que les interesan, y sentirán enseguida deseos mayores y experimentarán mayores necesidades. Si no tienen éxito, se verán llevados a estudiar las causas del fracaso y a reconocer la necesidad de una mayor

unión, de mayor energía, y comprenderán, por último, que para vencer con seguridad y en forma definitiva es necesario destruir al capitalismo.

Pero, una vez más, ¿es posible que las y los trabajadores/as logren, en el estado actual de cosas, mejorar realmente sus condiciones de vida? Esto depende de la concurrencia de una infinidad de circunstancias.

Pese a lo que dicen algunos, no existe una ley natural (ley de los salarios) que determine la parte que corresponde a cada trabajador/a sobre el producto del trabajo; o si se quiere formular una, sólo podría ser la siguiente: el salario no puede bajar normalmente del monto necesario para la vida, ni puede subir normalmente hasta el punto de que no deje ninguna ganancia al patrón. Está claro que en el primer caso los obreros morirían y por lo tanto no cobrarían ya salario, y en el segundo los patrones no tendrían interés en hacer trabajar y por lo tanto no pagarían más salarios. Pero entre estos dos extremos imposibles existe una infinita variedad de gradaciones.

El salario, la longitud de la jornada y todas las otras condiciones de trabajo son resultado de la lucha entre patrones y obreros/as. Aquéllos tratan de dar a las y los trabajadores/as lo menos que pueden y de hacerlos trabajar hasta el agotamiento completo, mientras éstos/as buscan, o deberían buscar, la manera de trabajar lo menos y de ganar lo más posible.

Cuando las y los trabajadores/as se contentan con poco o no saben oponer una resistencia válida a los patrones, quedan rápidamente reducidos a condiciones animales de vida; en cambio, cuando tienen un concepto un poco más elevado del modo en que deberían vivir los seres humanos, y saben unirse, podrán conseguir que les traten de una manera relativamente soportable.

Luchando entonces, resistiendo contra los patrones, las y los trabajadores/as pueden impedir hasta un cierto punto que sus condiciones empeoren, e incluso obtener mejoramientos reales. Y la historia del movimiento obrero ya ha demostrado esta verdad. Es necesario, sin embargo, no exagerar el alcance de esta lucha entre obreros/as y patrones en el terreno exclusivamente económico. Los patrones pueden ceder, y a menudo lo hacen ante exigencias obreras enérgicamente expresadas, mientras no se trate de pretensiones demasiado grandes, pero si las y los obreros/as comenzaran –y es urgente que comiencen– a pretender un salario que

absorbiera toda la ganancia de los patrones y llegara, de esta manera, a constituir una expropiación indirecta, es seguro que los patrones apelarían al gobierno y tratarían de cohibir con la violencia a las y los obreros/as para mantenerlos en su posición de esclavos/as asalariados/as.

Y aun antes, mucho antes de que las y los obreros/as puedan pretender que se les dé en compensación de su trabajo el equivalente de todo lo que han producido, la lucha económica se vuelve impotente para seguir produciendo el mejoramiento de las condiciones de las y los trabajadores/as.

Las y los obreros/as lo producen todo y sin ellas y ellos no se puede vivir; por lo tanto, parecería que si se rehúsan a trabajar pudieran imponer todo lo que quieren. Pero la unión de las y los trabajadores/as, incluso de un solo oficio, y hasta de un solo país, es difícil de obtener, y a la unión de las y los obreros/as se opone la de los patrones. Las y los obreros/as viven al día y si no trabajan pronto les falta el pan, mientras los patrones disponen, mediante el dinero, de todos los productos ya acumulados, y por lo tanto pueden esperar tranquilamente que el hambre reduzca a la sensatez a sus asalariados/as. La invención o la introducción de nuevas máquinas hace inútil el trabajo de un gran número de obreros/as y aumenta el gran ejército de desocupados/as, a los que el hambre obliga a venderse a cualquier precio. La inmigración aporta en seguida a los países donde las y los obreros/as logran un nivel mejor, multitudes de trabajadores famélicos que, quiéranlo o no, ofrecen a los patrones el modo de rebajar los salarios. Y todos estos hechos, derivados necesariamente del sistema capitalista, llegan a contrapesar el progreso de la conciencia y de la solidaridad obrera: a menudo marchan más rápidamente que este progreso, lo detienen y lo destruyen. Y en todos los casos subsiste siempre el hecho primordial de que la producción, en el sistema capitalista, está organizada por cada capitalista para su beneficio individual y no para satisfacer, como sería natural, de la mejor manera posible las necesidades de las y los trabajadores/as. De aquí el desorden, el desperdicio de fuerzas humanas, la escasez deliberada de los productos, los trabajos inútiles y dañinos, la desocupación, las tierras sin cultivar, el poco uso de las máquinas, etcétera, males todos éstos que no se pueden evitar sino quitando a los capitalistas la posesión de los medios de trabajo y, por lo tanto, la dirección de la producción.

Se presenta entonces rápidamente a las y los obreros/as que tratan de emanciparse, o incluso sólo de mejorar seriamente sus condiciones, la

necesidad de defenderse contra el gobierno, de atacarlo, pues éste constituye, al legitimar el derecho de propiedad y sostenerlo con la fuerza brutal, una barrera que se opone al progreso y que hay que abatir si no se desea permanecer indefinidamente en el estado actual o incluso empeorarlo.

De la lucha económica es necesario pasar a la lucha política, es decir, a la lucha contra el gobierno, y en vez de oponer a los millones de los capitalistas los escasos centavos acumulados con gran esfuerzo por las y los obreros/as, hay que oponer a los fusiles y a los cañones que defienden la propiedad, los medios mejores que el pueblo pueda encontrar para vencer a la fuerza con la fuerza.

#### **d) La Lucha Política.**

Por lucha política entendemos la lucha contra el gobierno y el conjunto de los individuos que detentan la potestad, cualquiera sea el modo en que la hayan adquirido, de dictar las leyes e imponerlas al pueblo.

Consecuencia del espíritu de dominio y de la violencia con que algunas personas se impusieron sobre las demás, el gobierno es al mismo tiempo creador y criatura del privilegio y su defensor natural.

Se dice erróneamente que el gobierno cumple hoy la función de defensor del capitalismo, pero que una vez abolido el capitalismo se volvería representante y administrador de los intereses generales. Ante todo el capitalismo no se podrá destruir sino cuando las y los trabajadores/as, una vez expulsado el gobierno, tomen posesión de la riqueza social y organicen la producción y el consumo en interés de todas y todos.

Pero hay algo más: si se destruyera al capitalismo y se dejase subsistir alguna forma de gobierno, éste lo crearía de nuevo mediante la concesión de toda clase de privilegios, puesto que al no poder contentar a todos tendría necesidad de una clase económicamente poderosa que lo apoyara a cambio de la protección legal y material que recibiría de él. Por consiguiente, no se puede abolir el privilegio y establecer sólida y definitivamente la libertad y la igualdad social sino aboliendo al gobierno, no a este o a aquel gobierno, sino a la institución misma del Estado.

Sin embargo, en esto, como en todos los hechos de interés general, más que en cualquier otro caso, es necesario el consenso de la generalidad, y por ello debemos esforzarnos en persuadir a la gente de que el gobierno es inútil y dañino y que se puede vivir mejor sin él. Pero como ya hemos repetido, la propaganda por sí sola es impotente para convencer a todo el mundo, y si quisiéramos limitarnos sólo a predicar contra el gobierno, esperando sin valernos de ningún otro medio el día en que el público se convenciera de la posibilidad y utilidad de abolir completamente toda clase de gobierno, ese día no llegaría nunca.

Siempre predicando contra toda clase de gobierno, siempre reclamando la libertad integral, debemos favorecer todas las luchas por las libertades parciales, convencidos de que en la lucha se aprende a luchar, y que comenzando a gustar de un poco de libertad se termina queriéndola toda. Debemos estar siempre con el pueblo, y aunque no logremos hacerle pretender mucho, tratar de que por lo menos comience a pretender algo, y debemos esforzarnos para que aprenda, sea poco o mucho lo que quiera, a quererlo conquistar por sí mismo, y sienta odio y desprecio contra quienes están en el gobierno o quieren llegar a ocuparlo.

Puesto que el gobierno tiene hoy el poder de regular, mediante las leyes, la vida social y ampliar o restringir la libertad de sus ciudadanos/as, como nosotros/as no podemos arrancarle aún este poder debemos tratar de disminuirlo y de obligarlo a que lo utilice de la forma menos dañina posible. Pero esto debemos hacerlo estando siempre fuera del gobierno y contra él, presionándolo mediante la agitación en las calles, amenazando con tomar por la fuerza lo que se reclama. Nunca debemos aceptar ninguna clase de función legislativa, sea general o local, porque si lo hiciéramos disminuiríamos la eficacia de nuestra acción y traicionaríamos el porvenir de nuestra causa.

**La lucha contra el gobierno se resuelve, en último análisis, en lucha física, material.** El gobierno hace las leyes. Por lo tanto, debe contar con una fuerza material (ejército y policía) para imponerlas, porque de otra manera, sólo las obedecerían quienes quisieran y las leyes ya no lo serían, sino que constituirían una simple propuesta que cada persona estaría en libertad de aceptar o rechazar. Y los gobiernos tienen esta fuerza y se sirven de ella para poder fortalecer con leyes su dominio y servir a los intereses de las clases privilegiadas oprimiendo y explotando a las y los trabajadores/as.

El límite de la opresión del gobierno es la fuerza que el pueblo se muestre capaz de oponerle. Puede haber conflicto abierto o latente, pero conflicto hay siempre, pues el gobierno no se detiene ante el descontento y la resistencia popular sino cuando siente el peligro de la insurrección.

Cuando el pueblo se somete dócilmente a la ley, o la protesta es débil, el gobierno atiende a su propio beneficio sin preocuparse de las necesidades populares; cuando la protesta se vuelve enérgica, insistente, amenazadora, el gobierno cede o reprime, según sea más o menos iluminado. Pero siempre se llega a la insurrección, porque si el gobierno no cede, el pueblo termina rebelándose, y si el gobierno cede, el pueblo adquiere fe en sí mismo y pretende cada vez más, hasta que resulta evidente la incompatibilidad entre la libertad y la autoridad y estalla el conflicto violento. Es necesario entonces prepararse moral y materialmente para que al estallar la lucha violenta la victoria quede en manos del pueblo.

La insurrección victoriosa es el hecho más eficaz para la emancipación popular, puesto que el pueblo, una vez sacudido el yugo, queda en libertad de darse las instituciones que considere mejores, y la distancia que existe entre la ley, siempre retrasada, y el grado de civilización a que ha llegado la masa de la población, se recorre de un salto. La insurrección determina la revolución, es decir, la rápida manifestación de las fuerzas latentes acumuladas durante la evolución anterior. Todo consiste en qué es capaz de querer el pueblo. En las insurrecciones pasadas el pueblo, inconsciente de las razones verdaderas de sus males, ha querido siempre muy poco y muy poco ha conseguido.

¿Qué querrá en la próxima insurrección? Esto depende, en parte, de nuestra propaganda y de la energía que sepamos desplegar. Debemos impulsar al pueblo a expropiar a los propietarios y comunizar la propiedad, y a organizar la vida social por sí mismo, mediante asociaciones libremente constituidas, sin esperar las órdenes de nadie y rehusándose a nombrar o a reconocer cualquier clase de gobierno, cualquier cuerpo constituido, que bajo un nombre cualquiera (constituyente, dictadura, etcétera) se atribuya, aunque sea a título provisorio, el derecho de dictar leyes y de imponer a los demás por la fuerza su propia voluntad.

Y si la masa del pueblo no responde a nuestro llamado, deberemos –en nombre del derecho que tenemos de ser libres aunque los demás quieran seguir siendo esclavos, y mediante la eficacia del ejemplo– realizar por nuestra cuenta lo más posible de nuestras ideas y no reconocer al nuevo gobierno y, mantener viva la resistencia, y hacer que las localidades donde se acojan con simpatía nuestras ideas se constituyan en comunidades anárquicas, rechacen toda injerencia gubernativa, establezcan libres relaciones con las otras localidades que pretendan vivir a su manera. Deberemos, sobre todo, oponernos con todos los medios a la reconstitución de la policía y del ejército, y aprovechar la ocasión propicia para impulsar a las y los trabajadores/as de las localidades no anárquicas a aprovechar la falta de fuerza represiva para imponer las mayores pretensiones que logremos inducirles a plantear.

Y como quiera que marchen las cosas, seguir siempre luchando, sin un instante de interrupción, contra los propietarios y contra los gobernantes, teniendo siempre en vista la emancipación completa, económica, política y moral, de toda la humanidad.

### **e) La Organización.**

La organización; que por lo demás es sólo la práctica de la cooperación y de la solidaridad, es condición natural y necesaria de la vida social: constituye un hecho ineluctable que se impone a todas y todos, tanto en la sociedad humana en general como en cualquier grupo de personas que tengan un fin común que alcanzar.

Como el individuo no quiere ni puede vivir aislado, más aún, no puede llegar a ser verdaderamente persona y satisfacer sus necesidades materiales y morales sino en la sociedad y con la cooperación de sus semejantes, ocurre fatalmente que quienes no poseen los medios o la conciencia bastante desarrollada para organizarse libremente con los que tienen comunidad de intereses y de sentimientos, sufren la organización construida por otros individuos, generalmente constituidos en clase o grupo dirigente con el fin de explotar para su propio beneficio el trabajo de los demás. Y la opresión milenaria de la masa por parte de un pequeño número de privilegiados ha sido siempre la consecuencia de la incapacidad de la mayor parte de los individuos para ponerse de acuerdo y organizarse con los demás

trabajadores/as para la producción, el disfrute y la eventual defensa contra quienes quisieran explotarlos u oprimirlos.

Para remediar este estado de cosas surgió el anarquismo... Sin embargo, hay dos fracciones entre quienes reivindican, con adjetivos variados o sin ellos, el nombre de anarquistas: las y los partidarios/as y adversarios/as de la organización.

Si no podemos llegar a ponernos de acuerdo, tratemos por lo menos de entendernos. Y ante todo distingamos, porque la cuestión es triple: la organización en general como principio y condición de vida social, hoy y en la sociedad futura; la organización del partido anarquista; y la organización de las fuerzas populares y, especialmente, de la de las masas trabajadoras para la resistencia contra el gobierno y el capitalismo...

Y el error fundamental de las y los anarquistas adversarios/as de la organización consiste en creer que no puede haber organización sin autoridad, por lo cual prefieren, admitida esta hipótesis, renunciar más bien a cualquier tipo de organización antes que aceptar la más mínima autoridad.

Ahora bien, parece cosa evidente que la organización, es decir, la asociación con un fin determinado y con las formas y medios necesarios para ese fin, resulta algo imprescindible para la vida social. El individuo aislado no puede vivir ni siquiera la vida del bruto: es impotente, salvo en las regiones tropicales y cuando la población es excesivamente escasa, para procurarse el alimento; y lo es siempre, sin excepciones, para elevarse a una vida que sea un poco superior a la de los demás animales. Debiendo entonces unirse con otros individuos, más aún, encontrándose unido con ellos como consecuencia de la evolución anterior de la especie, la persona debe sufrir la voluntad de los demás –ser esclavo/a–, o imponer su propia voluntad a los demás –ser la autoridad–, o vivir con los demás en fraternal acuerdo con miras al mayor bien de todas y todos –ser un asociado–. Nadie puede eximirse de esta necesidad; y las y los anti-organización más excesivos no sólo sufren la organización general de la sociedad en que viven, sino también en los actos voluntarios de su vida, e incluso en su rebelión contra la organización se unen, se dividen el trabajo, se organizan con aquellos/as con quienes están de acuerdo y utilizan los medios que la sociedad pone a su disposición.

Admitida como posible la existencia de una colectividad organizada sin autoridad, es decir, sin coacción –y para las y los anarquistas es necesario admitirlo porque en caso contrario el anarquismo no tendría sentido–, pasamos a hablar de la organización del partido anarquista.

También en este caso la organización nos parece útil y necesaria. Si partido significa un conjunto de individuos que tienen un fin común y se esfuerzan por alcanzarlo, es natural que se entiendan, unan sus fuerzas, se dividan el trabajo y tomen todas las medidas que juzguen aptas para llegar a aquel fin. Permanecer aislados actuando o queriendo actuar cada uno por su cuenta sin entenderse con los demás, sin prepararse, sin unir en un haz potente las débiles fuerzas de los individuos, significa condenarse a la impotencia, malgastar la propia energía en pequeños actos sin eficacia y muy pronto perder la fe en la meta y caer en la completa inacción. . .

Un matemático, un químico, un psicólogo, un sociólogo pueden decir que no tienen programa o que no tienen el de buscar la verdad: quieren conocer, no quieren hacer algo. Pero el anarquismo y el socialismo no son ciencias: son propósitos, proyectos que anarquistas y socialistas desean poner en práctica y que por ello tienen necesidad de ser formulados en programas determinados.

Si es cierto que la organización por sí misma instaure jefes, es decir, si es cierto que las y los anarquistas son incapaces de reunirse y ponerse de acuerdo entre sí sin someterse a ninguna autoridad, esto quiere decir que son aún muy poco anarquistas y que antes de pensar en establecer el anarquismo en el mundo deben pensar en volverse capaces de vivir anárquicamente. Pero el remedio no residiría ya en la organización, sino en la acrecentada conciencia de los miembros individuales...

Tanto en las sociedades pequeñas como en las grandes, aparte de la fuerza bruta, que no tiene nada que ver con nuestro caso, el origen y la justificación de la autoridad reside en la desorganización social. Cuando una colectividad tiene una necesidad y sus miembros no saben organizarse espontáneamente y por sí mismos/as para atenderla, surge alguien, una autoridad, que satisface esa necesidad sirviéndose de las fuerzas de todas y todos y dirigiéndolas a su voluntad. Si las calles son inseguras y el pueblo no sabe solucionar el problema, surge una policía que, por algún servicio que presta, se hace soportar y pagar, y se impone y tiraniza. Si hay necesidad de un

producto, y la colectividad no sabe entenderse con las y los productores/as lejanos para hacérselo enviar a cambio de productos del país, surge el mercader que medra con la necesidad que tienen unos/as de vender y otros/as de comprar, e impone los precios que él quiere a productores/as y a los consumidores/as. Ved lo que ha sucedido siempre: cuanto menos organizados/as estamos tanto más nos encontramos a discreción de algún individuo. Y es natural que así sea...

De modo que la organización, lejos de crear la autoridad es el único remedio contra ella, además del mejor medio para que cada persona se habitúe a tomar parte activa y consciente en el trabajo colectivo y deje de ser instrumento pasivo en manos de los jefes...

Pero una organización, se dice, supone la obligación de coordinar la propia acción y la otros/as, y por lo tanto viola la libertad, traba la iniciativa. A nosotros/as nos parece que lo que verdaderamente elimina la libertad y hace imposible la iniciativa es el aislamiento que vuelve a las personas impotentes. La libertad no es el derecho abstracto sino la posibilidad de hacer una cosa: esto es cierto entre nosotros/as como lo es en la sociedad general. Es en la cooperación con otros y otras donde las personas encuentran los medios para desplegar su actividad, su poder de iniciativa.

Una organización anarquista debe fundarse sobre la plena autonomía, sobre la plena independencia, y por lo tanto la plena responsabilidad de los individuos y de los grupos; el libre acuerdo entre los que creen útil unirse para cooperar con un fin común; el deber moral de mantener los compromisos aceptados y no hacer nada que contradiga el programa aceptado. Sobre estas bases se adoptan luego las formas prácticas, los instrumentos adecuados para dar vida real a la organización. De ahí los grupos, las federaciones de grupos, las federaciones de federaciones, las reuniones, los congresos, los comités encargados de la correspondencia o de otras tareas. Pero todo esto debe hacerse libremente, de modo de dar mayor alcance a los esfuerzos que, aislados, serían imposibles o de poca eficacia.

Así las y los delegados/as de una organización anarquista, aunque adolezcan como cuerpos representativos de todas las imperfecciones... están exentos de todo autoritarismo porque no hacen leyes, no imponen a los demás sus propias deliberaciones. Sirven para mantener y aumentar las

relaciones personales entre compañeros y compañeras, para sintetizar y fomentar los estudios programáticos sobre las vías y medios de acción, para hacer conocer las situaciones de las diversas regiones y la acción que más urge en cada una de ellas, para formular las diversas opiniones corrientes entre las y los anarquistas y sus decisiones no son reglas obligatorias, sino sugerencias, consejos, propuestas que deben someterse a las y los interesados/as, sin ser obligatorias, sino para quienes las aceptan y mientras las acepten.

En una organización anarquista todos los miembros pueden expresar todas las opiniones y emplear todas las técnicas que no estén en contradicción con los principios aceptados y no dañen la actividad de los demás. En todos los casos una determinada organización dura mientras las razones de unión sean superiores a las de disenso: en caso contrario se disuelve y deja su lugar a otros agrupamientos más homogéneos.

Por cierto, la duración, la permanencia de una organización es condición del éxito en la larga lucha que debemos librar, y por otro lado es natural que todas las instituciones aspiren, por instinto, a durar indefinidamente. Pero la duración de una organización libertaria debe ser consecuencia de la afinidad política de sus componentes y de la adaptabilidad de su constitución, a los continuos cambios de las circunstancias: cuando ya no es capaz de cumplir una función útil es mejor que muera.

Nos sentiríamos por cierto felices si pudiéramos todos ponernos de acuerdo y unir todas las fuerzas del anarquismo en un solo movimiento, sin embargo, es mejor estar desunidos que mal unidos. Pero querríamos, de todos modos, que cada individuo se uniera con sus pares y que no existieran fuerzas aisladas, o fuerzas desperdiciadas.

Nos falta hablar de la organización de las masas trabajadoras para la resistencia contra el gobierno y contra los patrones... Las y los trabajadores/as no podrán emanciparse nunca mientras no encuentren en la unión la fuerza moral, la fuerza económica y la fuerza física que es necesaria para derrotar a la fuerza organizada de los opresores.

Ha habido anarquistas, y los hay todavía por lo demás, que aun reconociendo la necesidad de organizarse hoy, para la propaganda y la acción, se muestran hostiles a todas las organizaciones que no tengan como

objetivo directo el anarquismo y no sigan métodos anarquistas... A esos compañeros y compañeras les parecía que todas las fuerzas organizadas para un fin que no fuera radicalmente revolucionario eran fuerzas sustraídas a la revolución. A nosotros/as nos parece, en cambio, y la experiencia nos ha dado ya razón, que este método condenaría al movimiento anarquista a una perpetua esterilidad.

Para hacer propaganda hay que encontrarse en medio de la gente, y es en las asociaciones obreras donde las y los trabajadores/as encuentran a sus compañeros/as y en especial a aquellos que están más dispuestos a comprender y a aceptar nuestras ideas. Pero aunque se pudiese hacer fuera de las asociaciones toda la propaganda que se quisiera, ésta no podría tener efecto sensible sobre la masa trabajadora. Aparte de un pequeño número de individuos, más decididos y capaces de reflexión abstracta y de entusiasmos teóricos, un/a trabajador/a no puede llegar de golpe al anarquismo. Para llegar a ser anarquista en serio, y no solamente de nombre, es necesario que cada trabajador/a empiece a sentir la solidaridad que lo vincula con sus compañeros y compañeras, que aprenda a cooperar con los demás en la defensa de los intereses comunes, y que al luchar contra los patrones y el gobierno que los sostiene, comprenda que los patrones y los gobiernos son parásitos inútiles y que las y los trabajadores/as podrían conducir por sí mismos/as la economía social. Y cuando ha comprendido esto es anarquista aunque no lleve ese nombre.

Por lo demás, **favorecer las organizaciones populares de todas clases es consecuencia lógica de nuestras ideas fundamentales, y debería por lo tanto formar parte de nuestro programa.** Solo un partido autoritario, que trata de apoderarse del poder para imponer sus propias ideas, tiene interés en que el pueblo siga siendo una masa amorfa, incapaz de obrar por sí mismo y, por lo tanto, siempre fácil de dominar. Y por ello lógicamente ese partido no debe desear más que la pequeña cantidad de organización que necesita para llegar al poder y sólo la de ese tipo: organización electoral, si desea llegar por medios legales; organización militar, si confía, en cambio, en una acción violenta.

**Pero las y los anarquistas no podemos emancipar al pueblo; queremos que el pueblo se emancipe.** No creemos en el bien que viene de lo alto y se impone por la fuerza; queremos que el nuevo modo de vida social surja de las vísceras del pueblo y corresponda al grado de desarrollo alcanzado por el

pueblo mismo. A nosotros/as nos importa, por lo tanto, que todos los intereses y todas las opiniones encuentren en una organización consciente la posibilidad de hacerse valer y de influir sobre la vida colectiva en proporción a su importancia.

Nosotros/as nos hemos fijado la tarea de luchar contra la actual organización social y de abatir los obstáculos que se opongan al advenimiento de una nueva sociedad en la cual estén asegurados la libertad y el bienestar para todas y todos. Para conseguir este fin nos unimos en un partido y tratamos de ser cada vez más numerosos/as y lo más fuertes que sea posible. Pero si lo único organizado fuera nuestro partido, si las y los trabajadores/as permanecieran aislados/as como otras tantas unidades indiferentes entre sí y sólo vinculados por la cadena común, si estuviésemos organizados en un partido en tanto anarquistas, pero no lo estuviésemos con los trabajadores en tanto somos trabajadores, no podríamos lograr nada, o, en el más favorable de los casos, sólo podríamos imponernos... y entonces ya no sería el triunfo del anarquismo. Entonces, por más que nos llamáramos anarquistas, en realidad sólo seríamos simples gobernantes, y resultaríamos impotentes para el bien, como lo son todos los gobernantes.

## **f) Conclusión.**

Deseamos entonces abolir radicalmente la dominación y la explotación de una persona por otra; deseamos que las personas, hermanadas por una solidaridad consciente y deseada, cooperen voluntariamente para el bienestar de todos y todas; deseamos que la sociedad esté constituida con el fin de proporcionar a todos los seres humanos los medios para alcanzar el máximo bienestar posible, el máximo desarrollo moral y material posible; deseamos para todos/as pan, libertad, amor, ciencia.

Para llegar a este fin creemos necesario que los medios de producción estén a disposición de todas y todos, y que ninguna persona pueda obligar a las demás a someterse a su voluntad. Por lo tanto, expropiación de los detentadores del suelo y del capital en beneficio de todos y todas, y abolición del gobierno. Y en espera de que esto pueda hacerse: propaganda del ideal; organización de las fuerzas populares para conquistar lo más que se pueda de libertad y de bienestar para todos y todas.